

ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN ESCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

RECUERDOS HISTÓRICOS DE OVIEDO.

Habian pasado cuarenta y tres años desde que el heróico Pelayo erigiera sobre los altivos riscos de Covadonga el glorioso trono español, y corria el de 761 cuando se dejó ver en la pequeña córte de Cangas de Onis un venerable anciano que vestia la negra cogulla de San Benito. Llamábase el abad *Fromestano*, y en compañía de su sobrino *Máximo* que era presbitero, venia desde el interior de España huyendo de la tiranía de los Sarracenos y buscando un asilo retirado en que entregarse con libertad á sus ejercicios piadosos. El rey Fruela, denodado guerrero y digno hijo de Alfonso el Católico, habia ya vencido á los vascones y á los árabes, y se disponia á la sazón á marchar á Galicia para acallar la poderosa rebelion promovida en aquel pais por los sacerdotes á quienes obligara á dejar sus esposas y barraganas. Escuchó benévolo los piadosos deseos de los recién venidos, y les designó cierto monte solitario, cubierto de malezas y jarales que se alzaba entre los rios *Nora* y *Nalon*, y á no mucha distancia de la selva sagrada y de la ciudad que los romanos denominaron *Lucus Asturum* (1). En este monte, que ya se denominaba *Oveto*, se veian los olvidados escombros de una ciudad desconocida y arruinada en tiempos muy lejanos, y allí fue donde Fromestano y Máximo, ayudados de algunos devotos campesinos, desmontaron el terreno y fabricaron una pobre ermita en honor de «Vicente, mártir y levita de Cristo.» (2) Poco despues comenzaron á alzarse algunas casas en derredor, y al regresar

victorioso de Galicia el rey, hizo un corto descanso con su ejército en el monte de *Oveto*. Prendado de su aventajada situacion en el corazon de Asturias, y sobre el risueño valle por donde corre el Nalon, concibió la idea de convertir aquel pobre villar en una ciudad, y al efecto hizo levantar á pocos pasos de la ermita de San Vicente una iglesia mas estensa con la advocacion *del Salvador* y un palacio para sí. El ejemplo del rey fue imitado por sus vasallos, que acudieron en gran número á construir casas y otros edificios, y cuando ocurrió su muerte en 768, *Oveto* era ya una poblacion considerable. Aunque se ha discutido largamente sobre la etimología de este nombre, necesario es confesar que permanece oculta, pues no satisface ni la de *Ovedevum* y *Ovetum* sacada de los nombres de los rios *Ove* (1) y *Deva* que sirven de linderos á Asturias por Poniente y Levante, ni la del distrito *Iovetano* de que habla Plinio, en el que habia una gran mina de plomo, y que recibia tal denominacion por una ara consagrada á Jove, etc., etc., ni menos de los nombres *Leo Ubinda* ó *Lovindo* (2) etc. etc. En cuanto á la ciudad desconocida cuyo solar ocupa hoy Oviedo, el erudito Cortés opina pudo ser la *Intercancia de los Astures Orniacos*. Fruela, muerto en Cangas á manos de Aurelio, fue sepultado en la iglesia del Salvador, como tambien su esposa Munia natural de Alava. Habian pasado veinte años desde la llegada de Fromestano y Máximo, verdaderos fundadores de Oviedo, cuando en el reinado de Silo, que tenia su residencia en Pravia, se les reunieron otros 25 varones religiosísimos que les donaron cuantas haciendas poseian, con objeto de consagrarse á la vida monástica, y la ermita de San Vicente se convirtió en monasterio. Durante el reinado del bastardo Mauregato los moros hicieron una escursion hasta Oviedo, y profanaron y derribaron la nueva iglesia del Salvador. Segun algunos historiadores les salió al encuentro el jóven Alfonso, que des-

(1) Aquí habia un bosque donde los antiguos Astures venian en ciertos dias á rendir adoracion á un Dios sin nombre que por su imensa grandeza no cabia en ningun templo fabricado por mano de los hombres. Este bosque y la ciudad que en él se fundó ocupaba el lugar que hoy la aldea de Santa Maria de Lugo.

(2) Fromistanus abbas et Maximus prebister basilicam S. Vicentii Levitæ et martyres fundaverunt eo ipso monte atque loco quo paulo post á rege Froila condita fuit ecclesia S. Salvatoris et civitas Ovetensis. (Risco España Sagrada Tom. XXXVII.)

(1) Hoy es el Eo.

(2) Esta es la etimología que señala Carballo en sus antigüedades de Asturias.

pues reinó con el sobrenombre de *Casto*, y los derrotó despues de una reñida batalla bajo los muros de la jóven ciudad. El lugar de este combate lo señala la tradicion aun viva y algunos cronistas del pais, desde la iglesia de *San Pedro de los Pilares* que se supone erigida en memoria del triunfo, hasta el *Campo de los Reyes*. Despues de grandes vicisitudes, guerras y revueltas, el jóven Alfonso, el hijo de Fruela y de Munia, logró ceñir la corona de sus padres el 14 de setiembre de 791. Este, uno de los mas célebres monarcas españoles, quiso engrandecer la noble ciudad en que habia nacido, y desde luego trasladó á ella la corte y tomó el título de *Rey de Oviedo*. Secundado por su arquitecto *Tioda*, godo de origen, reedificó con mejoras la iglesia del Salvador, en la que erigió, ademas del principal, otros doce altares dedicados á los doce apóstoles, y fundó la iglesia de *Santa Maria* que destinó para panteon real; la de *San Miguel* que era su capilla doméstica y donde hizo depositar el arca santa de las reliquias que desde los tiempos de Pelayo yacia escondida en una cueva de *Monsacro*; las iglesias de *San Tirso mártir*, cuya belleza y estraña construccion encarecen los cronistas de aquel tiempo; la de *San Juan*, hoy parroquia; la de *San Julian* á 200 pasos del Palacio real, y el monasterio de *San Juan de las Dueñas*. No solo se dedicó el *Casto* rey á la ereccion de edificios consagrados al culto, pues las historias nos hablan de un palacio Real que ocupaba lo que son hoy los claustros de la catedral, muros, baños, acueductos y otras obras de pública utilidad. Al mismo tiempo que Alfonso el cristiano embellecia su corte y erijía la Catedral de Oviedo como suntuoso pedestal de la cruz, el Musulman Abderramen, ornaba á Córdoba con soberbios edificios, y hechaba los cimientos de la mas célebre Mezquita consagrada en honra de Mahoma, la que largos años despues habia de convertir un sucesor del Rey *Casto* en templo cristiano que se alza aun hoy como eterno trofeo de las victorias de nuestros padres. Decidido protector Alfonso de los que procedian de los antiguos Godos, á la sazón aun no confundidos con los *Romano-Españoles*, introdujo, tanto en la Iglesia como en el Palacio, todo el orden y ceremonial que los Godos guardaban en Toledo, antes de la irrupcion de los Arabes. Juntó un concilio con los obispos refugiados en Asturias, y creó el obispado de Oviedo, cuya sede segregó en su mayor parte de la de *Britonia* ó *Mondoñedo*. Para ceñir la nueva mitra eligió el rey á un sacerdote godo de especial virtud llamado *Adulfo*.

(Se continuará.)

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

IMPRESIONES DE UNA MAÑANA.

DEL

DOS DE MAYO.

A mi querido amigo D. Pedro J. Sanchez Bustillo, en prueba del acendrado cariño que le profesa

EL AUTOR.

I.

Era el dos de mayo de 1851. Los primeros rayos de la aurora habian ya penetrado hasta mi lecho, cuando la noche no habia derramado aun sus preciosos bálsamos sobre mi. Recuerdos dolorosos desgarraron durante ella mi tierno corazon. El mundo entretanto yacia entregado á la imágen de la muerte, olvidado del nuevo dia que brillaba sobre su horizonte, mientras que los nombres de *Napoleon*, *Daoiz* y *Velarde* zumbaban sin cesar en mis oidos, haciendo que un fuego abrasador circulase por mis venas y que un volcan ardiese dentro de mi pecho.

¡EL DOS DE MAYO! Estas palabras grabadas en el corazon de los españoles, cubiertas de llanto y alegría, de triunfo y de opresion, no se apartaban de mi memoria. En alas de mi imaginacion me sentia transportado á aquel memorable dia en que el *Capitan del siglo*, hizo gemir al mundo entero bajo el carro de su triunfo pisando los blasones de nuestros padres; via arder el aire con el fuego de sus mortíferos cañones, y rojos con sangre los campos donde poco antes habia estendido *Flora* su precioso manto; al águila imperial despedazar entre sus garras al adormecido leon; á *Daoiz* y *Velarde* cubiertos con el pendon de la patria que antes habian tremolado, cuyas ondulaciones murmuraban INDEPENDENCIA y LIBERTAD; y al pueblo entero victima de cruentos filos, perecer gritando entusiasmado: «antes morir que consentir tiranos.» Semejantes ideas se agolpaban á mi imaginacion, cuando la noche, cediendo á los brillantes rayos del sol el dominio sobre la tierra, corrió á ocultarse en su lecho de sombras, sumergido en el fondo de los mares. En vano habia invocado al sueño durante la noche; mi corazon, hijo de la pobre España, se envanecia y contristaba con el solo recuerdo de este dia, y sus fuertes emociones no consentian á mis miembros un momento de reposo.

Por primera vez senti entonces arder en mi mente el fuego de la inspiracion. Gallego, Espronceda, Larrañaga, Avellaneda, Lopez del Baño, y otros mil y mil que consagrasteis la robusta lira á celebrar tan grandioso dia, vuestros nombres grabados estan en las páginas doradas de la historia de nuestra patria, y aunque arrojados sean entre las sombras de lo pasado, serán siempre el faro de LIBERTAD, y repetidos de continuo en los palacios del magnate y en las

humildes chozas del pastor, estarán rodeados de una aureola de gloria, hasta que el último día de la humanidad apague su magnífico esplendor. Yo también, yo también pulsé mi pobre lira para cantar sus glorias, pero sus acentos eran débiles y desacordes; mi nombre no será grabado en la historia, pero ellas lo estarán por siempre en mi corazón. Justo será, pues, que hoy recuerde lo que este me dictó en un momento de entusiasmo, y coloque al pie de estas líneas mis sentidos acentos.

SONETO.

Orgullosa y audaz un tiempo el Sena
Al mundo repetía en ronco grito:
—Deslízome entre triunfos que en Egipto
—Cogí—en Austerlitz, Marengo y Sena,
Hoy es el día que á la España amena
Sus glorias, libertad y lauros quito,
Y en cambio, como á esclava, le remito
Férrea coyunda... bárbara cadena.
Oyólo el Manzanares y arrogante
De San Quintín, le dijo, y de Pavia
Los nombres ya olvidaste, desgraciado?
Y apenas guerra pronunció tonante
Hundió en su abismo á la nación impía
Y al HOMBRE de cien reyes acatado.

¡DAOIZ, VELARDE! Vuestros nombres, cual cedros del Líbano, descuellan sobre la inmensa muchedumbre sacrificada por su patria. El noble entusiasmo que radió en vuestras frentes, fue el lazo que unirá para siempre vuestra vida con la muerte, lo precederá de este mundo con lo eterno de la gloria. Vuestros restos, adornando el templo que erigió el pueblo á vuestra bravura en el campo que regasteis con vuestra sangre *yacen sin venganza, pero no olvidados*. La presencia de ellos infunde el valor en nuestros guerreros: de la tumba de un genio se levanta otro genio; de la de Larra salió un Zorrilla, y la del Tasso inspiró á Byron una de sus más bellas producciones. Vosotros fuisteis, héroes de mayo, los que peleando á la par de vuestros hermanos recogisteis los espléndidos lauros de la gloria en Zaragoza, Gerona, Arapiles, Talavera, Bailén, Albuera y Vitoria; esos lauros que fueron colocados alrededor de vuestras cenizas, y donde brillarán mientras sangre española corra por nuestras venas, como brillan siempre á manera de soles vuestros nombres en el inmenso pabellón de los cielos.

Mas ¡ah! perdonadme si me he atrevido á perturbar el silencio que reina en vuestros sepulcros, ó más bien en vuestros lechos de flores, como son todos los sepulcros de los grandes genios. Con las armas de la patria está sellada la urna, que como un precioso tesoro guarda vuestras cenizas, y mis manos son indignas de quebrantarlas. Dormid, pues, tranquilos el sueño de la gloria.

II.

Como dejo dicho, el día sustituyó á la noche sin

que probase un momento las delicias del sueño. Las bellezas de la naturaleza eran á mi parecer la única cosa que pudiera cautivar mi imaginación, atormentada con tan pesados recuerdos. En efecto, salí de casa á disfrutar de ellas, y apenas mis ojos percibieron el celaje fresco y puro de la mañana, colorado aun por las rosadas tintas de la aurora, cuando mis ideas principiando á debilitarse flotaban en una vaguedad que no carecía de encantos. La vista luego de un horizonte inflamado de fuego, y cubierto de nubes de púrpura que servían de velo al globo dorado del sol, y la luna en el etéreo regazo reclinada, próxima á sepultarse en los mares, absorbían ya todos mis pensamientos. ¡La bóveda celeste! inmenso panorama donde se ve pintada la omnipotencia del Eterno, y confundida la incredulidad de los ateos! Morada esplendorosa que con sus rayos eclipsa la ignorante sabiduría de aquellos!

El dos de mayo se borró por completo de mi memoria. Al luto de mi imaginación sucedióle la lozania de la naturaleza que ostentaba toda su juventud. El campo de San Francisco á donde dirigí mis pasos, era luego el teatro donde via representado el drama más interesante, *la primavera*. Allí á la sombra de los copudos árboles, donde revoloteaban mil y mil pajarillos saludando con sus dulces gorgeos la venida del nuevo día, sentado en la verde alfombra cubierta de perlas de rocío sentía sobre mi frente las plumadas alas de una brisa festiva y retozona, pura como el aliento de la rosa, que á sus simpáticos besos iba desarrollando la infinidad de botones de variados matices, que se entreabrían imitando la sonrisa de una hermosa, exhalando los perfumes más delicados.

Apenas me había reclinado un momento cuando á lo lejos via otro sitio que me parecía más hermoso; que la alfombra que le tapizaba me brindaba con su muelle yerba más vistosa, y que la perspectiva que desde allí debía descubrirse sería más encantadora. Corría, pues, de una en otra parte sin fatigarme lo más mínimo: se fatiga por ventura la mariposa volando de flor en flor?

Renuncié por fin á buscar otro sitio en que reclinarme: todos eran bellos. Un nevado espino me prestó su apacible sombra; mil florecillas en torno suyo llenaban el aire de deliciosos aromas, sobre cuyos cálices se posaba alguna que otra abeja, alargando su delicada trompa para extraer el precioso nectar que en ellos estaba encerrado, desapareciendo luego de mi vista para ir á depositarlo en su reducida habitación, continuando frecuentemente la misma tarea, hasta que el rigor del sañudo invierno prive al campo de las flores, y en que ella con su tesoro fabrica aquel manjar tan dulce y agradable, aquellas celdillas que son la admiración de los hombres, y que en

vano han puesto en juego mil recursos para de-
leitarse con la vista de su construcción.

Allí en medio de tan mágicos encantos lo que poco antes era el sueño de mi mente, el oro, los honores, las mugeres, todo, en fin, lo que en el mundo nos seduce con su falso oropel era escoria, miseria.... nada. *Dios, la naturaleza, el hombre,* hé aquí mi todo. *Dios* derramando á manos llenas tesoros de amor y de felicidad sobre la tierra para *el hombre*; *la naturaleza* brindándole con su abundancia y hermosura, y *él*, en medio de crapulosas orgías, olvidase de su *Dios* y desprecia *la naturaleza*. Su *Dios* es el placer envenenado, tras el que corre con furor y desenfreno; *la naturaleza* el cumplimiento de sus desbordadas pasiones.

¡Cuántas reflexiones cruzaron entonces por mi mente! En todo via la omnipotencia de Dios, y sus sabias leyes rigiendo el universo. Los árboles, las flores, los pájaros é insectos, todo, en una palabra, cantaba la gloria de su Hacedor.

El día entero hubiese pasado tendido á la sombra de aquel espino, si el reloj de la Catedral dando las ocho no me hubiese recordado el cumplimiento de mis obligaciones. Estas únicamente podían hacerme abandonar un sitio, cuya perspectiva servía de bálsamo consolador á los recuerdos que tanto me atormentaron durante la noche. En efecto, lleno de sentimiento me dirigí hácia la ciudad, no sin volver infinitas veces mis ojos hácia él, hasta que internándome en la calle de San Francieco le tuve que dar por entonces el mas sentido adios, entrando en la Universidad, para dar principio á las tareas literarias de aquel día, cuya mañana estará grabada en mi memoria con caracteres de oro mientras pueda latir mi corazón.

Ramon Huerta Posada.

LOS DOS BALCONES.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

POR

GUILLERMO ESTRADA.

(Continuacion.)

I.

—Ved, me dijo sonriendo, esa linda escalerilla que se lanza delicada y atrevidamente hasta esa puerta baja; ved los dos balcones de esos dos pisos medio ocultos por las ramas de ese gran sauce que se inclina hasta el suelo; no encontráis

en esta armonía, en el silencio que reina en ese terrado un *no se qué* puro y fresco que penetra el alma? ¿No querriais oír una lijera melodía de bandolin, y ver aparecer en esos balcones una mantilla y adivinar las formas que cubria oculto por las ramas del sauce? (1)

Yo escuchaba al marinero con la mayor sorpresa; habia hablado mejor de lo que yo podria decir, y quedé estupefacto. Pero recordé bien pronto al *cicerone* que subiendo al capitolio se creia obligado á hablar en latin, y deduje que mi hombre me repetia una frase romántica sobre los balcones en general.

Se levantó y mostrándome otra vez la casa de frente:—Se han vertido aquí lágrimas de sangre, me dijo, y yo soy un prisionero que ha contado aquí los mejores días de su vida.

Marchaba delante; yo le seguia: llegamos así á la catedral, iglesia de San Agustín, comenzada en el siglo XIII y acabada en el XV.—Ya veis, me dijo mi guia, que estas puertas recuerdan las de *Nuestra Señora*; y si habeis visitado la catedral de Metz hallareis mucha analogia entre los dos monumentos.

Las dependencias de San Agustín eran de una riqueza colosal hacia diez años; pero al desaparecer los frailes se empobrecieron las rentas eclesiásticas.—Quereis entrar?—No tengo inconveniente.

Y admiré la nave comprendida entre dos filas de una altura tal, que asombran la vista. Las personas arrodilladas en las baldosas parecian mas pequeñas, á causa de las gigantescas dimensiones del edificio; el día sombrío que aclaraba las 28 capillas, las tres galerias y el centro, llenaban el alma de una respetuosa y muda admiración. Cuando me volví para buscar á mi guia le distinguí á algunos pasos de allí en una capilla enrejada; me volvia la espalda, y se apoyaba en el ángulo de un confesonario: sostenia su cabeza con una mano dejando caer la otra, y conservaba una perfecta inmovilidad. Vino hácia mí, y recorrimos juntos la iglesia descifrando las inscripciones de que estaban llenas las paredes.

—¿Qué es ese pequeño mausoleo? le pregunté al pasar delante de la capilla en que le habia sorprendido.

Me miró fijamente y no respondió; me condujo á la capilla siguiente, y me mostró el sepulcro de Jaime I, rey de Mallorca; es de mármol y rico, pero tosco. El del general marques de la Romana es digno de atención.

Nos hallábamos ante la puerta de entrada.

—¿Donde es la mejor posada? le pregunté.

—Aquí á la vuelta.

—¿Vendreis conmigo, no es así?
Dudó.

(1) ¡Qué cuadro español tan frances!

—A la verdad, dijo, no se encuentra todos los días un buen compatriota, y me apretó la mano.

—Creí con bastante razón que recobraría el buen humor después de algunos vasos de Malvasía, y pedí un almuerzo excelente. Ya habían pasado las dos terceras partes del tiempo que los hombres de bien emplean en sus comidas, y aun no me había atrevido á satisfacer mi curiosidad. Por fin, aguijoneado por el deseo de saber quien era este hombre entré bruscamente en materia.

—Debeis haber sido militar, le dije.

—¿Qué puede hacer os pensar eso?

—Vuestro modo de andar, y sobre todo la viveza de vuestras respuestas.

Sonrió amargamente y luego añadió:

—Si señor, he sido militar y esto os explica, por qué mi lenguaje no es tan oscuro como el de las gentes de mi profesión; el ejército es una gran escuela donde se aprende mucho y pronto.

—¿Sin duda habreis preferido el dulce clima español á los largos inviernos de la Francia?

Sus ojos brillaron vivamente, y me respondió con bondad:

—He conocido desde esta mañana, caballero, que querriais conocer mi vida. Yo tambien deseo contárosla, porque hay horas en que se siente necesidad de decir á otro lo que se ha experimentado; de hablar largamente, al acaso y sin consecuencia, pero con gusto de las cosas pasadas tristes y dichosas á la vez, sobre las cuales gira el pensamiento sin cesar.

—He nacido en Paris. Mi padre, soldado de la república, fue muerto en Loano.....

—Pero no, añadió después de un instante de silencio; no se pueden contar estas cosas á la mesa. Esta tarde, al oscurecer subireis á mi lancha y daremos un paseo por la bahía. Es necesario el aire puro para los recuerdos que sofocan; es necesario que la voz pueda subir libremente al cielo.

—Hasta la tarde, pues; y nos separamos.

II.

Quando nos internamos en el mar el crepúsculo habia despedido sus últimas luces, y las primeras estrellas brillaban en un cielo puro y limpio. Nada es tan sublime como el hermoso cielo de las Baleares, que se mira con sus flameantes fuegos en las aguas durmientes del Mediterráneo. La luna se refleja y tiembla sobre la marejada; los remos trazan surcos de fuego al sumergirse en las aguas, y el silencio de los hombres, el mugido monótono de la pleamar, las luces lejanas de la ciudad forman un cuadro lleno de vida y de elocuencia. Estábamos ya lejos de la costa, el marino tendió una vela latina blanca y coqueta, que haciendo inclinar la barca la imprimió mayor velocidad. Metió entonces sus re-

mos, se sentó al timon y me dijo con una voz dulce:—Quando gustéis.

—Mi padre fue muerto en Loano. Yo era hijo único, y quería á mi madre con toda la expansiva ternura de la infancia y todo el corazón de un hombre. En esta época, ya recordareis, el emperador llenaba la Europa con su nombre. Me escapé una mañana del hogar paterno y pasé á Belfort, donde estaba acantonado un regimiento de húsares; á la mañana siguiente ya estaba alistado. No esperé mucho los primeros grados de la milicia, que tanto ambicionaba, y desde entonces creí mi fortuna asegurada. Pensaba frecuentemente en mi madre, en mi madre que no tenía mas sosten en la vida que á mi; me reprendía haberla abandonado; la escribí cartas muy sumisas, y al fin obtuve mi perdón. Hay tan inefables tesoros de bondad y de amor en el alma de una madre! Yo era hijo de viuda, por consecuencia dispensado del servicio militar, pero una proclama imperial me llevó adelante en mis sueños ambiciosos y olvidé las lágrimas que una mujer vertía por mí. Algunas veces herido, las mas dichoso, obtuve un adelantamiento rápido, y era comandante en la época de la capitulación de Bailen. Todos los prisioneros fueron divididos y dispersos; á unos se les envió á Inglaterra, á otros á los pontones de Cádiz; una parte fue dirigida á Cabrera, y finalmente una division de 1500 hombres, de que yo hacia parte, tomó el camino de Gibraltar. Después de haber sido llevados de ciudad en ciudad se nos embarcó para Mallorca. La historia os ha dicho que tuvimos que sufrir las injurias prodigadas por la población de la isla que corrió á vernos. Muchos soldados y casi todos los oficiales subalternos fueron encerrados en la gran caserna que habeis visto á la derecha al entrar. Algunos de los oficiales superiores entre los que estaba yo, fueron llevados á la otra prision de la calle de la Reina.

—¿Enfrente de los dos balcones?

—Precisamente. Se nos habia encerrado en ese tabuco como animales que esperan el cuchillo del carnicero. La ventana enrejada que habeis debido ver á la altura del balcon estaba colocada sobre mi cabeza. Nos dejaban morir de hambre, y las primeras pruebas de esta economía nos parecieron intolerables. Al medio día, y á las seis, nos llevaban una sopa, que á lo mas hubiera sido olfateada sin disgusto por perros.

(Se continuará.)

Con el mayor placer insertamos la siguiente composición inédita debida á la distinguida poetisa Sra. Armiño de Cuesta, á la que damos las mas cumplidas gracias, y esperamos de su amabilidad continuará honrando las columnas de nuestro ALBUM con sus bellisimas producciones.

Creemos que su ejemplo será seguido por algunas de nuestras poetas asturianas, cuyos nombres desconoce la generalidad, siendo muy dignos de ocupar un puesto al lado de la inspirada cantora.

Á ZORRILLA

EN SU PASO POR GRANADA.



Mas ay que pasó Zorrilla
Con sus hermosas canciones,
Románticos medallones
Que ufana á España legó,
Amuletos Agarenos
Cargados de pedrería,
Recuerdos de gloria llenos
Que á los siglos arrancó.

Y los tímidos acentos,
Que al aire lanza mi lira
Débil eco son que espira
Bajo su voz colosal:
Tambien la humilde violeta
Bejo el álamo se mece,
Y la parietaria crece
Al pie del alto moral.

R. A.

Despierta Granada, la bella doliente,
Recuerda tus dias de noble esplendor,
Reviste tus galas, sultana de Oriente,
Y de aureas diademas ornada la frente
Recibe en tus muros al noble cantor.

Despiértate Granada, sacude tu letargo,
Ostenta tus harenas de nacar y marfil,
Inspiren tus bellezas al peregrino bardo,
Al trovador amante del triste Boadil.

El lirio de tus sierras, los aires embalsame
Suba de tus pebetes el humo hasta su sien,
La rosa mil aromas bajo sus pies derrame
Míentante tus vergeles los goces del Edem.

Y cañas y torneos, y danzas y añafles,
Recuérdenle los tiempos que su laud cantó,
Admire de tu Alhambra los góticos perfiles,
Magnífico reflejo de un astro que se hundió.

¿Por qué nobles montañas do vi la luz primera,
No hay una maravilla que contemplar aqui?
Tal vez á vuestras cimas el poeta viniera.
Y su lira pulsara cerca tal vez de mí.

Feliz bella Granada, si rinde á tns primores
Poético tributo que el mundo admirará,
Si en raudas orientales nos pinta tus amores,
Si de tus bellos dias un cántico nos da.

Feliz, rosa de España, feliz Granada hermosa.
Dormida entre la vega del Dauro y del Genil,
Feliz si en tus jardines, resuena misteriosa
La lira palpitante del bardo de Boadil.

Robustiana Armiño.

Gijon 19 de mayo 1845.

LA PRIMAVERA.

FANTASÍA.

Genios de luz que en la celeste esfera
sobre globos de espléndidos colores
meceis á la dorada primavera
en blando asiento de olorosas flores.

Del sol luciente trasladada al seno
en vuestras alas de ondulante gasa,
y, á vuestro soplo, del azul sereno
rápido hienda la llanura rasa.

¡Corre, nave gentil, sobre la tierra
á derramar el fecundoso aliento
que el roseo labio de tu carga encierra,
mágico nido de inmortal contento!

¡Venid, venid! El pavoroso invierno
envuelto en nubes de color sombrío
al veros se hunde en el abismo eterno
que allá del Polo desplegó el vacío.

¿No ois el bramido del veloz torrente
que de los altos montes se derrumba,
y, penetrando por la mar hirviente
corre á arrollarle en su insondable tumba?

¿No veis rollarse en pos la alfombra triste
de nieve, que tendió su torvo ceño
sobre el mundo adormido que, ahora viste
purpúrea ropa, saudiendo el sueño.

¡Ya llega la estacion de la alegría
que despejando los etéreos campos,
de su blanco regazo al suelo envía
rosas de aurora en transparentes campos!

El vasto llano de verdor esmalta,
riégale tardo el magestuoso rio,
y el ágil ciervo fugitivo salta
del bosque espeso entre el follage umbrio;

Y en las laderas del frondoso monte
se dilatan bucólicos cantares
que, espirando en el cóncavo horizonte,
el murmullo acompañan de los mares.

*«Todo sea placer! Todo, el aliento,
respire del Señor! ¡Todo le alabe!*
En la cúspide, así, del firmamento
vuestra sonrisa reluciente grabe.

Ah! ya os veo volar... y los amores
de vuestras alas al batir se inflaman
en las corolas de las tiernas flores,
y puro aroma en derredor derraman.

¡Qué diáfano claror el aire llena!
¡Cómo, trinando las pintadas aves

alijeras le surcan, y en la amena
márgen del rio se detienen suaves!

¡Qué arrobadora, ondisona armonía
hierva en la creacion, el alto nombre,
del Señor ensalzando!... ¡Oh lira mia!
¿En tanto mudo quedarase el hombre?

Venid, genios, venid!... El plectro de oro
con que á los siglos hechizó el poeta
dadme y cantar exhalaré sonoro
que de Dios llegue á la morada quieta.

Yo que al rugir de tempestad tremenda
que con lóbrego manto encapotaba
la inmensidad cuya mirada horrenda
un cárdeno volcan asemejaba:

Yo que entonces le alcé sobrecogido
plegarias de pavor, en sacro templo
himnos de amor le elevaré encendido
ahora que el gozo universal contemplo.

El universo es templo, altar el cielo,
nuestro amor suave incienso y hostia el Astro...
sacerdotes vosotros... ¡Oh! de un vuelo
romped los grillos que en el mundo arrastro!

Rompedlos... si, y como centella ardiente
de monte en monte volaré y los ecos
despertarán gimiendo sordamente
Jehová! Jehová! en los hondos huecos.

Atónitas las fieras al oirme
paradas quedarán y retemblando
las toscas peñas en su asiento firme
mientras yo suba hasta el cenit cantando.

Genios de luz que en el radiante seno
del sol traeis á la estacion florida,
que el viento baña de frescor ameno
y á celebrar al Creador convida.

Volad, raudos volad; y arrebatado
fuera del mundo por vosotros sea,
y desde allí, sereno y sosegado,
el gran concierto de los orbes vea.

¡Cuán grato, á mi exhalada fantasia,
de esta esfera, es mirar tan esplendente
cuadro! ¡Qué luz desde su fondo envia
la alma cifra del Padre Omnipotente!

Parece, de armonía inmensa copa,
naturaleza, y que en su borde escribe
de serafines misteriosa tropa:
«¡Don es de Dios, la humanidad la libe!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

A LA MUERTE DE UNA JOVEN.

ACRÓSTICO.

El ángel del Señor desde la altura,
Midió con raudos vuelos el firmamento,
Y bajó al mundo: una sonrisa pura
Llenó su faz de celestial contento;
Y prendida en sus alas voló un alma
A la region de luz, de paz, de calma.

Eco del valle, anuncia á la colina
Los ayes que te lleva doloridos
Ondulando la brisa vespertina:
Repitiendo los lúgubres tañidos
Zumbad, campanas; porque luto y duelo
Ay! esa alma dejó al subir al cielo.

G. E.

6 de junio.

VARIEDADES.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

(1850.)

QUITA-PESARES.

*Si de beber hay antojo,
Y comer ricos manjares,
Buena venta tiene el cojo
En un sitio de Olivares.*

(RÓTULO DE LA VENTA.)

Solo y envuelto en mi capa me dirigia pausadamente la tarde del último domingo, por la carretera que va á la Fuente de la Plata cruzando los pilares de San Pedro.

Agoviado por el moderno *spleen*, huia naturalmente de cualquiera sitio concurrido, y mas que todo de ese Bombé, que tantas delicias derramara en mi alma las encantadoras noches de mayo y junio, y donde quizá algunos solo respiraban amor en aquel momento.

Seguia, digo, mustio y cabizbajo mi retirado paseo, sin que fueran capaces á distraerme de mis contemplaciones ni el monótono berrear de los terneros que saltaban jugueteones á uno y otro lado de la carretera, ni el interminable valido con que eran contestados por sus cachazudas madres, ni ya tampoco la sostenida charla de los jóvenes aldeanos de ambos sexos, cuyas cabezas se habian exaltado en los tabernáculos de la ciudad, y platicaban incesantemente á despecho de sus ancianos padres, en quienes la eficacia de las preces habia infundido por el contrario una solemne gravedad, obligándoles á retrasarse algunos pasos para gozo de sus inocentes hijos.

Convenciame mas y mas de esa tendencia del alma á anonadarse en si misma astiada de todo cuanto la rodea, hasta que impresionada por nuevas emociones sale fuera de si, pudiendo solo llamarse feliz mientras vive embelesada.

Nada sospechaba entonces capaz de aliviar la creciente languidez de mi ánimo, cuando un incidente imprevisto me detuvo repentinamente. Un olor altamente confortante, que muy pocos habrán dejado de percibir al transitar

alguna fonda ñ hosteria deleitándose en él con sus cinco sentidos, hirió de golpe todas mis fibras gastrouómicas, haciéndome sacudir violentamente el peso que me abrumaba. Abrí mis ojos, mis narices se hincharon como dos campanas, y aspirando el tónico aroma con toda la estension de mis pulmones, marché con lijera planta buscando el foco de aquel elixir, que me arrancaba de mi letargo. Cortos fueron los pasos: mi vista, que giraba inquieta hácia todas partes, se fijó en el rótulo que coronaba graciosamente la portada de una casa, leyendo con indecible avidéz QUITA-PESARES.

Tras la tormenta viene la calma. Efectivamente entré en la feliz mansion, y bien pronto vi confirmadas las testuales palabras que me llenaron de un placer tan inefable. Las gentes que regresaban del mercado hacian allí su primera estacion en espera de los compañeros, que retardaban algunos momentos su salida de Oviedo, y esparcidos en diversos grupos circulaban con rapidez los vasos al son de la chillona gaita para hacer mas breve el tiempo, sin que sea necesario manifestar, que la algazara crecia y menudeaban mas los tragos á la bienvenida de los rezagados.

Estuve embebido en la curiosa perspectiva de este cuadro, hasta que los vapores de una bien confeccionada vianda que rozó lijeramente mi hombro, gracias á la desenvoltura de la donosa sirvienta, me hicieron recordar la primera impresion, que me habia conducido á aquel paraje consagrado á la felicidad.

Subí la escalera, despues de haber hablado confidencialmente con el patron del ventorrillo, y guiado por el ruido cercano de vasos y botellas, fui á dar con mis rodillas quebrantadas á una habitacion bastante opaca y de reducidas dimensiones. Un infernal concierto formado por mas de treinta mohosas voces, que me saludaban con repetidos brindis, hirió de súbito mis oidos, haciendo temblar el sólido edificio sobre sus cimientos y estendiéndose como el crugido de la tempestad por las inmensidades del espacio. Reusé lo mejor que pude aquellas finas invitaciones, y hubiera tomado sin duda las de Villadiago arrepentido ya de pisar tales lugares, á no haber tenido en cuenta la inviolabilidad de mi palabra y que aun faltaba una hora para concluirse el dia.

Cogí una silla, que la casualidad trajo á mis manos, y colocándola junto á una de las ventanas esperé mi hora tapándome ambos oidos para no sentir tan de cerca los descompasados gritos, que salian de aquellas gargantas.

Abrióse por fin la puerta dando entrada á una aldeana como de 19 á 20 años de edad, que traia en la mano derecha un plato con dos odoríficas magras y en la izquierda una botella, que á juzgar por su color caña transparente contenia un *Castilla* descendiente sin intermision de progenitores del que se sirviera antaño en las bodas del Cid y doña Jimena: todo lo cual fue simétricamente colocado sobre la poyata de mi ventana.

Sin embargo que el apetito me dominaba cruelmente, no dejé de arrojar á mi sílfide una mirada esactamente igual á su longitud, pudiendo decirse desde luego que no habia instrumento matemático que la apreciase. Por lo demas era bastante agraciada, y á conocerla Cervantes la hubiera tomado por tipo en vez de la deshonesta Maritornes, dejando así mejor parado el recato de nuestras asturianas.

Quise verter con ella cuatro ternezas al propio tiempo que la ayudaba á arreglar mi improvisada mesa, y me devolvió un empello tan brusco y tan á tiempo, que hube de agarrarme con todas mis fuerzas á la apoyata, sopena de rodar con silla, sombrero y enrollado en siete varas de paño, que salvo la conciencia del sastre, debia tener mi capa, entre los pies de mis ruidosos compañeros.

Ya no habia amor; pero me restaban en cambio sendas magras y *Castilla* se habia libertado felizmente del muge-ril enojo. Su primer caricia calmó completamente mi excitacion nerviosa, preparando mi estómago para emprender la nueva guerra que me esperaba. Esgrimia mis atladados dientes con tal destreza, queriendo vengar mi honor

lastimado por el repudio de la *larga moza*, que en breves momentos apenas quedaba vestigio á la cocinera posteridad de la existencia de mis inocentes victimas.

Requiescant in pace iba á esclamar, dando *el último adios* á mi enlutada compañera, á tiempo que sonaban las seis en un apartado rincon de la estancia, cuando un acento lúgubre y prolongado como el canto misterioso del ave agorera llegó otras tantas veces á mis oidos, penetrando en mi helado corazon como el vaticinio de una futura desgracia. (1)

Llevé maquinalmente la mano al bolsillo y entonces ¡ay triste! recordé, pero tarde, la desconocida causa de mi spleen y extraño paseo, haciendo bailar con mis trémulos dedos las escasas monedas, que componian mi fortuna. En mi crítica posicion solo entreveia una esperanza bastante lejana en verdad.... la honradez del ventero; no obstante la abracé como única tabla de mi salvacion, y resuelto á arrostrar la última, aunque mas grande afrenta, bajé con la ligereza del rayo la tortuosa escalera poniéndome frente á frente de mi *imperfecto destino*. (2)

¿El gasto, amigo? le dije con una impasibilidad que estaba muy lejos de tener. Dos únicas palabras satisficieron mi interpelacion, pero palabras que derramaron un bálsamo celestial sobre mi alma acongojada, haciéndome salir de aquel pozo de singulares aventuras rebotando placer por todas partes; mas no sin que antes estrechase cordialmente al huésped escepcional, diciéndole en mi entusiasmo

Tu conciencia ensalzaré,
Fiel ventero de Olivares,
Y hasta el confin de los mares
Yo tu fama llevaré
Cantando á *Quita-pesares*.

AIROMÁN.

SONETO.

¡Cuán pérfida hasta ahora me engañabas.

J. A.

Qual virgen rosa en el pensil florido
Reina se mira de las otras flores,
Y al aire ostenta ricos mil colores
Sobre su tallo dulcemente erguido,
Y un beso de Aquilon que ha recibido
La priva de sus mágicos olores,
Deja en ella estampados sus rigores,
Y en el cieno su caliz sumergido;

Asi mi corazon vivia ufano
Cerca de tí, y juzgaba tu sonrisa
Hija del puro amor que me pintabas.

Mas el llanto que viertes, inhumano
Hoy le desgarras, y dizme, bella Elisa,
¡Cuán pérfida hasta ahora me engañabas!

RAMON HUERTA POSADA.

(1) Si alguno de los lectores se encontró por su desgracia ó fortuna en *Quita-pesares*, no habrá dejado de notar el mecanismo del reloj colocado en un extremo de aquella sala.

(2) Véase la estrofa que lleva por epigrafe este artículo.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.
Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

1853.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.